

MÚSICA PARA PELÍCULAS QUE NO EXISTEN

Martín Blasco

Blasco, Martín

Música para películas que no existen / Martín Blasco ; Editado por Laura Linzuain ; María Silva. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2025.

176 p. ; 21 x 14 cm. - (Zona Libre)

ISBN 978-987-807-166-4

1. Narrativa Infantil y Juvenil. I. Linzuain, Laura , ed. II. Silva, María, ed. III. Título.

CDD A860.9282

© Martín Blasco, 2025

© Editorial Norma, 2025

Cecilia Grierson 222, 1° piso (C1107CPF) Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
República Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
“N”/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: julio de 2025

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Linzuain

Edición: María Silva

Corrección: Patricia Motto Rouco

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Arte de tapa: Carolina Marcucci

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Andrés Zvaliauskas

CC: 61111733

ISBN: 978-987-807-166-4

ZONA
LIBRE
Jóvenes Adultos

MÚSICA PARA PELÍCULAS QUE NO EXISTEN

Martín Blasco

 Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

*“... sin mundo, sin un caudal común de memorias
evocables por el lenguaje, no habría, ciertamente,
literatura, pero la música prescinde del mundo,
podría haber música y no mundo”.*

Jorge Luis Borges

**PRIMER LIBRO
DE MATÍAS GODOY:**

CUENTOS

El hombre de humo se presenta

Estoy en la playa recostado sobre la arena. Es de noche y en el cielo brilla un monstruo. No sé si es un monstruo, quizá sea más bien como una criatura hecha de estrellas. Una constelación que cobró vida.

Sigo acostado, pero ahora en una habitación circular.

Mis brazos cuelgan. Tanteando, descubro que estoy sobre una estructura de metal. Una especie de hierro caliente atraviesa mi espalda. Me corta hasta llegar a mi columna vertebral. No puedo moverme. No siento dolor, pero sí el olor de mi carne quemada.

Hay alguien en la habitación a los pies de la estructura que me tiene atrapado. Una presencia que siento familiar. Como un viejo conocido. Intento ver su rostro, pero no puedo levantar del todo la cabeza. Entonces noto que son dos, no uno. De la presencia familiar, se desprende

un hombre de humo. Se acerca a mí. Hay una silla a mi derecha. El hombre de humo se sienta en ella.

—Soy el hombre de humo —se presenta.

Para calmarme, toma mi mano y la acaricia.

—Al principio duele —dice.

Entonces entra una enfermera. Tiene un vestido ajustado negro y un barbijo del mismo color haciendo juego. Saluda a la figura misteriosa que continúa inmóvil en el mismo lugar y al hombre de humo con un gesto de cabeza. Luego, con movimientos profesionales, saca de una pequeña cartera también negra un bisturí. Siento que sonrío bajo su barbijo. La idea de que sonrío me la da el brillo de sus ojos. Clava el bisturí en mi ombligo. Hace un corte preciso hacia el costado derecho. Luego otro hacia el izquierdo. Un tercero, subiendo en línea recta, hasta mi cuello. Hay una música atronadora de fondo. Crece con cada corte. Como si el bisturí fuera la batuta que dirige una orquesta infernal. Llueve sangre, mientras el bisturí-batuta deja mi torso en carne viva. La piel queda colgando a ambos costados. La enfermera mira con orgullo el trabajo finalizado. Pienso que debo verme como un libro abierto. Mi piel cortada son las tapas y mi pecho, de carne y vísceras, las hojas.

—Todo empieza con un libro, pero la música estaba desde antes —dice el hombre de humo, riendo.

Quiero responderle. No puedo. De mi boca solo sale sangre.

¿A dónde da la ventana de un bar?

Despierto. Natalia no está en la cama. Siempre se levanta antes que yo. Me quedo paveando con el celular. Entonces recuerdo el sueño. Lo recuerdo por eso de ser como un libro abierto. Yo era un libro abierto, luego de una horrible operación quirúrgica.

Natalia vuelve al cuarto y empiezo a contarle mi sueño. Al oírlo en voz alta, me doy cuenta de que no es la imagen más feliz para empezar un domingo y me dan miedo las posibles interpretaciones psicológicas. ¿Necesito que me destripen para ser como un libro abierto?

Llego a describir la forma de la criatura en el cielo y voy mezclando palabras, bajando el tono. Ella me deja abandonar el relato a la mitad. Luego propone salir a tomar un café. Es una costumbre que tenemos los domingos. Uno de los pocos gastos que podemos permitirnos.

Pierdo la vista por la ventana del bar. Natalia me está contando una historia sobre su hermana y su novio, que tienen unos años más que nosotros y hace poco se mudaron a Madrid. Parece que ahora luchan por no separarse. Pero sé que en realidad habla de nosotros y que, en su relato, hay ejemplos y advertencias sobre lo que podría suceder en nuestra relación.

Es una conversación que no quiero tener, así que clavo la vista en el exterior, con la misma fuerza con la que ella clava la suya justo en mis ojos.

Tanta concentración en el exterior me permite notar a un hombre de mi edad que me resulta familiar. Se detiene en la esquina esperando a que cambie el semáforo. Es Matías Godoy.

—¡Matías! —grito. La ventana está abierta. Asomo medio cuerpo para que me escuche.

Natalia deja de hablar.

—¡Matías Godoy! —grito de nuevo.

Se da vuelta. Mira hacia el bar sin entender. Confirmo que es Matías.

De fondo, como un ruido molesto o un calor que crece en intensidad, siento el odio de Natalia. No necesito mirarla. Yo sonrío, saludo a Matías a través de la ventana, esperando que me reconozca, y sé que el odio de ella va transfigurando su cara, la mesa en la que nos encontramos, el aire que nos rodea. Matías da unos pasos hacia nosotros, todavía algo confundido. Me reconoce.

—¿Tomás? —dice.

Sonríó. Con un gesto, le indico que entre.

Saluda a Natalia educadamente y a mí con un fuerte abrazo. Hace mucho que no nos vemos, desde cuando estábamos los dos en el colegio secundario, aunque no en el mismo. Matías tiene unos años más que yo, debe estar llegando a los veinticuatro.

—¡Qué loco volver a verte! —digo, y temo no tener nada más para decir—. ¿Qué es de tu vida?

Me arrepiento de arrancar de una forma tan predecible. Vuelven a mi mente las épocas del taller literario para adolescentes que dictaba su madre, donde nos conocimos, y aprendimos que la frase hecha, el lugar común, es el peor de los pecados. Con los años fui olvidando esas enseñanzas, tanto en la vida como en los intentos vagos que tuve de escribir mi serie de novelas de *fantasy*, algo que había olvidado hasta que la presencia de Matías, arrancado de una foto del pasado, me recuerda brevemente quién quise ser.

—Todo bien... —responde Matías—. ¡Vos estás igual!

Se produce un silencio incómodo. Quiero imaginarlo, también a él, torturándose por el uso de frases hechas.

Salimos del paso con el típico intercambio de información entre dos personas que no se ven hace mucho. Qué pasó con Fulano, te acordás de Mengano. Natalia va quedando fuera de la conversación. Decide irse.

—Yo los dejo, así se ponen al día —dice.

—Quedate... —contesto yo, sin mucho entusiasmo.

—Ustedes estaban hablando y yo caí... —se excusa Matías.

—¡No! Por favor, qué lindo que se hayan reencontrado. Un gusto conocerte, Matías. Charlen ustedes, y en otro momento te venís a cenar a casa, ¿dale?

Al salir, Natalia me dedica una última mirada. No está contenta.

Cómo nos conocimos con Matías: yo estaba en el secundario, quince o dieciséis años tendría, quería hacer algo de mi vida, pero no sabía qué. Leía mucho y me parecía que el paso natural era escribir. Por eso fui a un taller literario.

El taller lo daba Elsa Navarro. Poeta y cuentista. El primer día entré con timidez y me senté a la mesa. La mujer estaba rodeada por cinco jóvenes. Uno de ellos era Matías.

Escuchar los relatos de cada participante me resultó una tortura; yo no había llevado nada para leer. Los demás, aunque igual de jóvenes, parecían ya estar seguros de lo que querían contar. El único que tampoco leyó fue Matías. Se mantuvo callado durante toda la reunión. Yo sentía que cada tanto me miraba. Cuando salimos, coincidimos en la dirección. Caminamos en silencio unas cuadras, hasta llegar a la puerta de mi casa.